produjo las falsas etimologías y los mitos secundarios.

Pardjania es, por consiguiente, el espíritu productor, el principio generador y fecundante de la naturaleza, con todos los caracteres y cualidades que la asociación de ideas había hecho atribuir, desde el principio, á las dos onomatopeyas del soplo y del calor.

Pardjania es ciertamente el dios antiguo, el viejo dios, como le llama el Veda, y *nuestro padre* (en los últimos tiempos), porque es el espíritu universal de vida y producción, que lo anima todo con su soplo y lo desarrolla con su calor; el dios que está en la naturaleza entera, en la nube y en la planta; conforme con su nombre.

Sayana, el comentador védico, está en lo cierto al decir «que Pardjania es el dispensador de la lluvia, porque por la lluvia crecen las plantas y los árboles, y es de éstos, de donde nos viene el alimento.» Pero de esto, á confundirle con la lluvia y con la nube como se ha hecho últimamente, hay mucha distancia. Se puede decir de él que es *urstiman*, el que da la lluvia, ó *udaniman*, el que da el agua, y nada más; pero no creer que sea él mismo, solamente, la lluvia y el agua. El no es otra cosa que el espíritu de vida, *Asura*, Ahura, (ahu, vida). Se daba este epíteto antiquísimo á Pardjania, porque se le suponía lleno de vida ó de *soplo vital*. El *Esus* de los galos tiene el mismo origen. El nombre de Pardjania (Ber-jania) lleva, pues, envueltas todas las cualidades del dios.

INDRA.

1. Canto este Indra, cuya *fuerza* triunfa; que siempre vencedor, nunca es vencido, y á quien invoca todo el mundo.

7. Con esta *fuerza* inmortal que doblega toda resistencia, protege la raza de los hijos de Manú (1).

8. Así, cuando se trató de combatir, eres tu, Indra, el que los dioses eligieron por jefe (2).

11. O generoso Indra, ó *hijo de la fuerza*, ven á nos otros de mil maneras con la riqueza y la abundancia (3).

8. Traenos esta fuerza generosa, que conserva, que aumenta, que defiende la riqueza, etc.

9. Que esta fuerza fecunda nos llegue de Occidente ó del Septentrión, del Mediodía ó del Oriente, ó Indra, que nos llegue de todos lados. Danos la abundancia y la gloria (4).

12. O *valiente* Indra, tu agitas las nubes, etc. (5).

1. O terrible y *robusto* Indra, etc. (6).

8. Que estas vacas adquieran un crecimiento dichoso. O Indra tu eres su toro; que ellas sean fecundadas por tu poder (7).

1. Indra, incomparable, inmortal, acrece y aumenta sus fuerzas. Indra es más grande que el cielo, más grande que la tierra.

2. Yo adoro su *poder vital* que se extiende por todas partes (8). Alrededor de Indra se reunen para servirle los (maruts) sus auxiliares, las *fuerzas* de formas varoniles....., etc. (9).

21. Indra naciendo en un lado del cielo expulsa á

---

(1) Rig Veda, Lecture sixieme. Himne II.
(2) Lecture sixieme. Himne I.
(3) Id. id.
(4) Himne III.
(5) Himne IV.
(6) Himne IX.
(7) Himne XII.
(8) Lecture sixieme.
(9) Himne VIII.

través de la otra mitad las (noches) negras que se iluminan con los rayos del día. El da la muerte en el seno mismo de la nube á los dos bandidos ávidos de tesoros, á *Vartchin* y á *Sambara* (1), (*Vartchin=Bertjin*, *Sambara=Jam-ber-a*?)

14. O Indra, tú has precipitado los dasyous que serpenteando, escalaban el cielo, bajo su apariencia mágica (2).

2. Dueño de los *dwibarhas*, él ha sostenido con su fuerza poderosa el cielo y la tierra (3).

10. En tí se encuentra toda la creación (4).

7. La oración excita *tu fuerza*, *tu poder*, *tu maravilloso vigor*, *etc.*, *etc.* (5).

El carácter sobresaliente de Indra, como se ve, es la fuerza. Apenas hay un himno en que no se le designe por este su principal atributo. Es el toro, símbolo de la fuerza que fecundiza las vacas celestes ó las nubes, en el poético lenguaje del Rig Veda.

En él se encuentra ese mito de Júpiter impidiendo á los titanes escalar el cielo, y algunos de los trabajos de Hércules, más ó menos disfrazados.

Es el guerrero, el héroe, el dios del combate, el *fuerte* de los Vedas.

Tiene el carácter de Marte; en una palabra, es la *fuerza* bajo todos sus aspectos; fuerza creadora, protectora, defensora, en lucha perpétua contra el mal.

Dueño de los *dwibarhas*, como se le llama en uno de los últimos himnos que hemos citado, no quiere decir, «dueño de los dos mundos,» que es la traducción de

---

(1) Himne XIX.
(2) Sección sixieme. Lect. I, Himne III.
(3) Himne IV de id.
(4) Id. id.
(5) Id. id.

Langlois, sino dueño de los dos espíritus creadores: *bar-has* ó *ber-has*, es decir, del soplo universal ó espíritu propiamente tal, y del calor ó el fuego, considerado como fuerza espiritual. Es esto tan claro, en vista de la etimología de las dos onomatoyas, que estamos seguros de que esa traducción se reformará en este sentido, como la otra del Himno III, de la lectura sexta, en que se coloca á Indra entre dos mundos, cosa que no forma sentido, aunque se suponga con Langlois, que el poeta considera á Indra entre el cielo y la tierra. Dueño de los dos espíritus, del aire y del fuego, ó del soplo vital y del calor creador, y colocado entre los dos, se concibe á Indra, como creador del mundo y dispensador de la vida.

Hé aquí cómo estas dos raíces que parece que nada tienen que ver con el sanscrito, y en las que jamás pensaron los traductores del Rig, vienen á dar luz y á interpretar un pasaje bien oscuro, y que ha puesto en confusión á los conocedores del sanscrito. ¿Cómo Indra, se pregunta Langlois, puede tener, siendo el más elevado de los dioses y por consiguiente de los elementos, este epíteto, *dwibarhas*? Ya ve explicado el por qué.

Son estos los dos espíritus de que habla el gran Dirghâtamas, en su inspiración de poeta, cuando dice: «Los dos espíritus eternos van y vienen por todas partes, solamente que los hombres conocen el uno, sin conocer el otro.» Y tenía razón; el espíritu, el soplo vital, el aire, se ve y se siente, pero ¿dónde está el poder invisible que anima el fuego ó produce el calor? Poseyendo Indra los dos, era indudablemente el dios de la creación y de la vida.

Así se explican los dos grandes caracteres que se le atribuyen en el Veda y que formaban de él, hasta ahora, un ser bastante equívoco; de un lado, tenido

por la atmósfera, por el aire azul, hasta el punto de aludir á sus azules barbas, y de otro, reuniendo en sí todo el tipo de Apolo, montado en su carro tirado por corceles y ahuyentando la noche, es decir, un dios-aire y un dios-sol, en una misma persona.

Esta significación de *dwi-bar-has*, vagamente conservada por la tradición en el antiguo dogma de los dos espíritus eternos, comprendido á medias por el inspirado Dirghâtamas y explicado ahora, después de tantos siglos, es uno de los más bellos triunfos de nuestro método, porque nos revela completamente la doble y misteriosa personalidad de *Indra*. ¿Y cómo no había de ser así, llevando envueltas en su nombre aquellas dos ideas, bajo la forma de las onomatopeyas?

¡Qué rebuscadas y arbitrarias parecerán ahora las etimologías que de este nombre han dado las más célebres orientalistas!

«Es el dios de la lucha por excelencia, dice Eug. Burnouf; se le llama *Indra*, de la raíz *Ind*, reinar, *Arya*, como los nobles señores de aquel tiempo, *Susipra* el de la bella naríz, para distinguir al jefe, por este signo de nobleza, de los enemigos de naríz aplastada que se llamaban *Dasyous*.»

Benfey vacila entre esta etimología y la de *Sindhu*, correr, en cuyo caso sería *Indra* el que hace correr las aguas. *Indu*, que significa la gota de agua, pareció que daba también alguna verosimilitud á la etimología; y Benfey que encontró en el lib. 4.º de las leyes de Manú, la palabra *Indriya*, empleada en el sentido de semen viril, vió en ella un lazo de unión entre *Ind* y *Sind*. Pero estas etimologías no han logrado satisfacer á nadie, porque, por ese estilo, pudieran darse muchas con los mismos visos de probabilidad. Es el mismo sistema etimológico de Platón, y ya no están los tiempos ni la ciencia en estado de hacer caso de

ellas, cuando no hay comparación que las confirme. Más probable sería y verosímil, esta interpretación, por ejemplo: *Ind*, el artículo *el*, heredado de una tribu tártara, mezclada de muy antiguo con los aryas, (pues es sabido que el panteón védico está formado de una porción de nombres de dioses, de diferentes orígenes y tribus, dioses que pierden ó ganan supremacía según la influencia que goza en la federación aryana la tribu respectiva), y el *Ra* egipcio, adoptado en su origen y unido al artículo, formando el nombre *Indra* que sería simplemente *el sol*.

Pero esta interpretación no convendría más que á medias á Indra, que además de ser el sol, como manifestación visible, es *dwibarhas*, es decir, posee los dos espíritus de vida y de creación; es el calor y es el aire; y su nombre debe llevar en sí estos dos caracteres. Indra, por consiguiente, ha de ser *In*, la espiración, onomatopeya, expresión del soplo vital y universal, y *er-a*, la onomatopeya del calor ó del hervor, con la *d* eufónica intermedia, como en *Par-d-jania;* ley fonética primitiva conservada en el eúskaro hasta hoy.

In-d-er-a, el espíritu de vida ó creador, se contrajo en *Indra*, palabra que en eúskaro significa, pura y simplemente, la *fuerza*.

Que esta palabra, en su origen, fué formada por las dos onomatopeyas, lo prueba la significación del verbo eúskaro *indartu*, *indar-tu*, que significa *alentar*, *respirar fuerte*. No contentos con la onomatopeya del soplo para expresar esto, añadieron la otra del calor, uniéndolas por una *d* eufónica, según costumbre, y haciendo *in-d-er*, palabra, que contraida, tomó el sentido de *fuerza*, gran respiración, mucha vida. Es el destino de estas onomatopeyas expresar siempre todo lo grande, todo lo bello, todo lo fuerte, como lo abundante, lo crecido, lo brillante, porque son el nombre

de Dios. Hemos visto que es esto lo que confunde luégo la interpretación, y tenemos otro ejemplo de ello en el epíteto de *Susipra*, que se traduce: «bella naríz» aplicado á Indra. Desde luégo se nota que es el apodo más extravagante que se ha ocurrido nunca dar á un dios. No es imposible el hecho, pero no hay otro ejemplo, y esto debiera ya causar vacilación. Es una de tantas coincidencias en que se toma una palabra vulgar por un nombre de dios. *Susipra* es otra forma del nombre de Indra que expresa la misma idea, y por eso se le llama así. *Susipra* ha sido *Suhipra* y *Suhibra*. *Su* es fuego en eúskaro; *hi-bra* son las onomatopeyas; todo ello: el *barhas* de Dirghâtamas: los dos espíritus de creación, en uno. Lo mismo da *Indra* que *Susipra*. Indra será, pues, el aire y el fuego, el sol y la atmósfera; y estas cualidades tan opuestas están justificadas por su etimología. Siendo el sol, ha de lanzar rayos, como Júpiter, y dirigir su carro, como Apolo; y siendo atmósfera, ha de fecundar las vacas haciendo llover las nubes. Todo se explica así.

¿Qué ha pasado en la India, ó por qué extraña revolución del cielo habrá perdido Indra el primer puesto en la categoría divina? Sólo se sabe que es el gran dios de los poetas *xatryas* como Viçwamitra, en cuyos himnos tiene un papel preponderante, pero que nunca, en el panteón brahmánico, consiguió ocupar el primer puesto. Agni, el fuego, Visnu, el penetrante, Çiva mismo, que no se encuentra en el Veda, ó que no es más que el *Asura* del viento, se han puesto por encima de él.

Indra ha quedado de jefe de los dioses inferiores, ó como dice M. Pallegoix, el Obispo de Siam, de rey de los angeles.

¡Así pasa la gloria de los dioses mismos!

Criticando M. Renan la idea sistemática de una obra de Max Muller (1), «hacemos justicia, dice, á su penetración, con la cual, y de acuerdo con los más hábiles indianistas, ha mostrado las ramificaciones extensas de la raza tártaro-finesa en la India ante-brahmánica.»

Nosotros añadimos que en esa raza turaniana debieron encontrarse elementos eúskaros, porque el nombre de Indra con la significación de fuerza, en vasco, bastaría para probarlo, si no hubiera, como hay, otra porción de datos. Sólo así se explica que Indra no tenga su correspondiente en la Iran, ni palalabra alguna en forma parecida, que tenga en Zenda la misma significación. Indra es un intruso después de la escisión de la raza aryana; y este nombre no pudo menos de ser tomado de alguna tribu eúskara, ó hereditariamente eúskara, después de la conquista ó poco antes.

Puede ser también un culto eúskaro, conservado por herencia en una tribu aryana, y latente, hasta el momento de hacer su aparición en condiciones favorables. Es esto quizá lo más probable, porque las antiguas tribus aryanas se parecían más al tipo eúskaro que nos revela la arqueología prehistórica, ó al mongoloide, que á los germanos de hoy.

No se supo, hasta hace poco, que estaba prohibido por la ley de Manú, casar con quien tuviera los cabellos rubios, y Sita, en el Ramayana, se pondera de tener los cabellos finos lisos, y negros.

Ujfalvi, en su viaje al Asia central, nos da á conocer, lo que eran por sus restos los habitantes del Kohistan, ó altos valles del Zerafchave y sus afluentes, y

---

(1) Lecture of the science of lenguage, lect. V y siguientes.

del Pamir, al extremo occidental de los montes celestes, que va á perderse en las Arenas del Turkestan, á las faldas ó ramificaciones del Altai, punto señalado con todos los visos de probabilidad, como la mansión primitiva de la raza aryana (1). Pues bien; el resumen de su obra: *El Kohistan*, el *Ferganah y el Kouldja*, es: que estos montañeses, por su tipo y por su cráneo, son iguales á los saboyanos, descendientes de los alobroges; á los auberneses, de los antiguos arvernes; y á los bajo-bretones, de los armoricanos; puros celtas braquicéfalos, de pelo negro y moreno. No se sabe cuándo la raza rubia se mezcló con los aryas. Es probable que despreciados en un principio los nuevos tipos rubios, como todo aquello á que no se está acostumbrado, pero saliendo por selección del seno de la misma raza amarilla, no encontraron condiciones favorables sino después de la emigración á Europa.

Es cierto que se lee el nombre de un demonio iraniano *Indra*; pero los mejores manuscritos dicen *Andra* que, como observa Justi, sería transcripto *Aindra*, pues la forma pehlvi, *andr* (anda r) supone una *a* primitiva. No estamos conformes, sin embargo, con la etimología de Justi, porque del verbo *andar*, no hay noticia que se haya sacado nunca nombre divino alguno.

Este Andra, más se parece al eúskaro *Andra*, señora, en cuyo caso pudo ser una divinidad femenina, la luna, que fué llamada *Chandra*, ó *Eche-andra*, señora de la casa ó de la tribu, transformada en demonio, después de olvidado el sexo, por un odio religioso de pueblo conquistador ó convertido.

---

(1) *Los Aryas y su patria primitiva*, por C. A. Pietrement.

Andra no tiene tampoco ningún rasgo de Indra. Si á algún dios iraniano se parece Indra, es á *Verethragna*, nombre que tampoco desmiente su origen.

La cuestión no tiene importancia ya, después de todo, porque aunque Andra iraniano fuese Indra, convertido en demonio por orden de una religión extraña, *Indra* quedaría como el nombre original del dios benévolo, confirmado por esta palabra eúskara *Indra*, la fuerza. Ahora, que *la fuerza* es el carácter sobresaliente en Indra, es admitido por todos, luego aquella aproximación es indiferente.

Max Muller, empeñado, en buscar la identificación por los atributos, dice que «Indra, nombre de origen indiano, cuya significación es muy oscura, es el mismo Júpiter.» Pero lo mismo que Júpiter, pudiera ser Pardjania, ó Thor, ó Belo, á quienes se parece mucho también. Esto es no decir nada, porque los grandes dioses todos se parecen.

Muir, sin decidirse, ni tomar partido, cita la opinión de Benfey que, como hemos dicho, ve en Indra una forma gastada de *Sind-ra*, significando «el que hace correr» y que recuerda aquella otra que se daba de *Zeus*, *corredor*, abandonada ya como un disparate que era. Sin embargo, la opinión de Benfey, á falta de otra mejor, ha sido generalmente adoptada. Girard de Rialle ha puesto algunos inconveniente bastante graves á esta etimología. Desde luégo, si Indra fuese el *Andra* zenda, nunca una *i* orgánica, como la de *Sind*, correr, podría convertirse en *A* iraniana, porque este cambio se opone á las leyes de la fonética indo-europea; ni es fácil tampoco que el nombre de un gran dios perdiese una *S* inicial tan importante, ni que su significación fuese tan impropia como la de «el que hace correr.»

Puede conocerse por estas contradicciones, cuán

extraviados y sin brújula, andan los mitógrafos en la cuestión de etimologías, y cuán insuperables dificultades les ocasiona el desacertado método que emplean. Otra cosa será seguramente, si siguiendo nuestra ruta, adoptan el procedimiento sencillísimo de la comparación de los vocabularios y de la deducción lógica, una vez supuesta la raíz primitiva, de las diferentes conexiones, que por asociación de ideas han venido á tener los derivados.

Es preciso para esto abandonar la creencia de que las raices primitivas son simples sonidos sin significación; al contrario, son los gérmenes de los árboles lingüísticos, y en ellas están virtualmente encerradas todas las demás significaciones, que hasta nosotros llegan, habiendo brotado sucesivamente á impulso de la analogía y de la asociación. Es este el único modo de llegar, aun faltando los eslabones que faltan en la cadena lingüística, á conocer las primitivas raices, en su mayor parte onomatopéicas, y por lo tanto, á comprender la lengua de los primeros padres del linaje humano, ó lo que es lo mismo, el origen del lenguaje.

No debe olvidarse ni por un momento, en el curso de la interpretación, lo que hemos dicho ya respecto al tránsito de ciertas palabras, que pululando en los idiomas turanianos de Asia y conservadas todavía algunas de ellas en el país de los vascos, penetraron como herencia religiosa en el panteón védico, llevadas allí por tribus de origen turaniano, aryanizadas en virtud de la evolución.

Esta clase de palabras abundan en el Veda: tales son los *prayas*, pasteles hechos con arina y manteca; *ghrita*, de donde viene el asturiano *griton*, trozo de tocino, después de soltar la grasa; *Vipra*, el sacerdote que preside el sacrificio; *bhârati*, la palabra acompañada del gesto, la acción declamatoria; *ilâ*, tierra, y además vaca, y la palabra poética, *varhis*, el cesped; *Vrihas-pati*, el fuego del sacrificio, (señor de la creación, en ambos conceptos de soplo y calor); *Garhapatya*, el fuego doméstico, *Varaniya*, (diosa de la oración; *prasouh*, madres, y ramas de árbol; *Brisaya*, (que los comentadores hacen venir absurdamente de *brisis*, vestido, y es un genio en lucha con Agni;) *Bhârata*, ofrenda (objeto del culto;) *Prithivi*, la tierra, (cambiada en vaca, según una leyenda;) *Varri*, nombre de Agni, (que se traduce por el *que cubre*, siendo el espíritu del fuego ó del calor;) *Abhriyah*, las nubes, consideradas como llevando la fecundidad y la vida á la tierra y á la vejetación; *Pradja-pati* señor de la creación, y otras muchas que bien interpretadas darían mucha luz en la traducción del Veda. En todas ellas se observan, en efecto, con alguna significación divina ó religiosa, ó por lo menos de creación, expansión ó abundancia, las onomatopeyas primitivas ó la contracción del *ber*. Pero donde se ve más clara esta contracción es en el nombre del dios por excelencia *Brahma*; nombre, que es por sí solo, una de las mejores pruebas de nuestra teoría.

DYAUS, BRAHMA.

Se ha supuesto que *Dyu*, el cielo, padre de Indra, fué en un principio el gran dios de la raza.

Todo parece confirmarlo así, aunque su papel, en el Rig Veda, es algo desairado:

«Delante de Indra se inclinó el divino Dyu; delante de Indra se inclinó la gran Prithvi.» (R. V. I. 131).

De esto no se deduce más, que el cielo y la tierra prestaron homenaje á Indra; pero Dyu, no tiene otro